

Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Comentario al Capítulo 1 de las nuevas constituciones de 1966 (3)

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

COMENTARIO DEL CAPÍTULO I DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES '66 (3ª parte).....	3
Las características de nuestra adoración:.....	3
Notas características:.....	3
Artículo séptimo.....	8
Imitación de Cristo y de María.....	8
Rememorar la vida de Cristo y de María.....	10
Nota suplementaria:.....	12
Artículo octavo.....	12
Dar a conocer y amar el Amor que no es conocido ni amado.....	12
Hacer conocer y amar a los Sagrados Corazones de Jesús y de María....	14
Características de nuestro apostolado.....	15
Artículo Noveno.....	17
CONCLUSIÓN.....	17
Reflexiones para la práctica.....	20
Algunas constataciones.....	20
Pero en primer lugar, ¿por qué este desfase?.....	21
El respeto de hombres concretos y de verdades ¿difícil?.....	21

COMENTARIO DEL CAPÍTULO I DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES '66 (3ª parte)

Las características de nuestra adoración:

Ya es tiempo de precisar lo que caracteriza nuestra adoración: su obligación, sus exigencias. Nada de nuevo hay en todo esto; no se trata más que de expresar aspectos bien conocidos.

Obligación: Es una misión confiada por la Iglesia al Instituto. La Iglesia ha aprobado este medio de reparar. Es una carga [*encargo*] que ha tomado el Instituto; un compromiso que atañe a la familia entera; la adoración es como un acto oficial y no solamente de piedad individual; una fidelidad de la Congregación entera a una tarea que le ha sido confiada.

Es una tarea personal, cotidiana. Cada religioso debe asegurar cada día una presencia ante la Eucaristía. No se puede concebir que una parte del Instituto esté exclusivamente consagrada a la adoración, estando la otra descargada (*no encargada*) totalmente. Mientras las circunstancias lo permitan, cada uno debe tener empeño en ser fiel a esta presencia cotidiana, sea cual sea su empleo o su cargo.

Notas características:

Es *eucarística*. No es solamente una adoración en espíritu y verdad, hecha en el interior del corazón, paseándose por un bosque, escuchando una sinfonía, leyendo una página literaria. Es la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas. Así ha sido siempre comprendida por los Fundadores.

Es *perpetua*. Mientras los géneros de vida lo permitan, mientras los ritmos de las comunidades, los trabajos apostólicos, las circunstancias, lo concedan, se hará día y noche, de manera continua. Esto vale para las comunidades numerosas, y sobretodo para las Hermanas que tienen la carga [*encargo*] especial de esta perpetuidad. Se notará que hay un verdadero valor en esta continuidad: el tiempo, que pasa como un sucederse, debería estar lleno de oración, de humilde homenaje y de fidelidad a Dios. En cada minuto de la vida del Instituto, nuestros Fundadores pensaban que en él habría un alma amante

de su Familia, que rezaría y se ofrecería, asegurando cerca de Cristo una guardia de amor¹³.

Es *reparadora*. Aquí es donde sobretodo hay que tratar de comprender. Somos por vocación reparadores. Toda nuestra vida es reparadora. Nuestra consagración religiosa nos ha comprometido en este camino. Pero nuestros Fundadores han querido que nuestra vocación reparadora se expresase cada día por un acto especial: han querido designar de antemano un acto de nuestras jornadas, que manifieste, por así decir, nuestra vocación, que fuera la carta de identidad. ¿Qué acción iban a escoger?

Nada impedía que fuera una penitencia física; entonces se habría podido leer en nuestra Regla un artículo como este: "Cada día, los religiosos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María repararán, azotándose con la disciplina, las injurias hechas a los Sagrados Corazones por los enormes crímenes de los pecadores". Nada impediría que fuera un trabajo manual, o recitar una parte del Oficio divino. Lo importante era encontrar un ejercicio o una acción que pudiese expresar de la manera más adecuada nuestra vocación reparadora, y que pudiese ser su signo distintivo.

Nuestros Fundadores se decidieron por una media hora de adoración diaria. Uno puede preguntarse el por qué. La razón está clara: es porque la Eucaristía contiene el Misterio de Amor Redentor, porque en ella está presente el Misterio de Salvación. En ninguna otra acción (después de la Misa, es claro) podía encarnarse con tanta verdad y profundidad lo que es nuestra misión. La adoración es, por tanto, después de la Misa y en continuidad con ella- el ejercicio escogido por nuestros Fundadores como medio especial para reparar y signo de identidad de nuestro Instituto.

A veces se ha dejado pensar que el ejercicio de nuestra adoración con un espíritu reparador, implicaba verdadera acrobacias teológicas, para integrar mal que bien el pensamiento de la Virgen en nuestra plegaria. De verdad que es complicar las cosas; no hay problema teológico que valga. Durante la adoración, se adora a Cristo Redentor en la Eucaristía. Se quiere por otro lado que esta humilde y ferviente [*hirviente*] presencia sea, en el balance de la Redención, una propiciación ofrecida por los pecados que se cometen, que traban el Plan de Dios, exponiendo al fracaso la acción de Cristo hecho carne, frenando la edificación del Reino¹⁴.

Se pueden resumir las cosas así: La adoración es el ejercicio recomendado por los Fundadores y designado por ellos para encarnar de alguna manera nuestra voluntad reparadora (esto, a continuación de la Misa) ¿A quién se dirige? A Cristo Redentor en la eucaristía. ¿Qué sentido tiene para nosotros? Queremos que ella constituya una reparación por los pecados: el pecado atenta contra

¹³ El título de "Adorador perpetuo" se encuentra muy a menudo expresado en nuestros primeros documentos, proyectos de Súplicas y Memorias dirigidas a la Santa Sede (oct, 1800, 2 oct. 1801, 25 oct. 1814...)

¹⁴ Ver lo que se ha dicho, en el artículo 5, sobre la reparación.

Dios¹⁵, nuestra reparación será sumisión a su Voluntad: el pecado es rechazo de la Redención tal como se ha realizado concretamente (e. d. rechazo de Cristo y de aquella que le es inseparable en la historia de la salvación, la Virgen María), nuestra reparación de su papel respectivo; el pecado es una herida infligida al Cuerpo Místico, nuestra reparación será reparación con la Iglesia. No obstante, viendo en los Corazones de Cristo y de su Madre, aunque a un nivel infinitamente diferente, la manifestación más alta del Amor de Dios y el Principio concreto de toda la obra de salvación, es a ellos en primer lugar a los que se vuelve nuestro amor reparador. Está, pues, claro que nuestra adoración reparadora, en manera alguna hay que colocarla en el mismo plano que las "*amandes honorables*" y otras oraciones semejantes; la óptica es en ella enteramente diversa, y no se puede más que lamentar la formulación del artículo 3 de nuestro Capítulo fundamental que se presta a confusión¹⁵.

Lo que supone: El ejercicio de la adoración será para nosotros una *escuela* siempre abierta. Efectivamente, supone una visión profunda y un gran amor de la Eucaristía en todas sus dimensiones: Misa, Comunión, Presencia real. Nos impone hacer esfuerzos para conocer con lucidez la doctrina eucarística, para alimentar con sólido alimento nuestra piedad eucarística, evitando las soserías de una devoción mal aclarada.

Supone también un *sentido agudo del pecado* tal como se encuentra en nosotros y en el mundo. Intercedemos por nuestros hermanos desde el fondo de nuestra propia miseria, miembros de un mundo pecador. Cuanto más comprendamos la extensión del pecado, seremos mejores adoradores¹⁶.

Tampoco funciona sin *el sentido de Dios*, Justo y Misericordioso. Descubriendo mejor cada día, a través de las páginas de la Biblia, su Majestad suprema y su desconcertante Bondad, comprenderemos la profundidad de nuestra pobreza y la esperanza que podemos colocar en su Amor¹⁷.

¹⁵ Ver artículo 5, comentario 2ª parte

¹⁵ Estos son los reproches que se estima pueden hacerse a la formulación del artículo 4 del Capítulo fundamental: a) Formulación anticuada ("injurias", "enormes crímenes"); b) Formulación estrecha: se nos habla de "enormes crímenes" pero nosotros no estamos incluidos explícitamente en el número de los pecadores; c) Formulación torpe: colocar, sin explicación alguna, una relación entre la adoración (de Cristo) y la reparación (a los Sagrados Corazones de Cristo y de María) no resulta ser algo muy feliz; d) Formulación ambigua: en efecto, se presta a confusión por el peligro de hacer pensar que no debemos reparar más que los pecados que se cometen contra el Sagrado Corazón y la Virgen (profanación de la Hostia, blasfemias contra la Virgen...); e) Formulación restrictiva: no indica la total dimensión de nuestra reparación (tal como se la ha anotado en el artículo 5, 2ª parte: de cara a Dios, de cara a los principios concretos de salvación, de cara a la Iglesia entera). Además, no habla de una verdad fundamental: toda reparación es en definitiva una participación en la Redención de Cristo.

¹⁶ Ver artículo 5, 2ª parte.

¹⁷ Nuestra adoración en cuanto reparadora, no presenta dificultad teológica si se la comprende como acaba de ser explicada, a saber: que es una adoración como todas las otras, desarrollándose de la misma manera; se quiere simplemente que este ejercicio cotidiano sea ofrecido como una satisfacción especial del pecado, en todas sus dimensiones. Esto vuelve a decir que se dé una intención reparadora particular a este media hora cotidiana de presencia

De algunas perspectivas actuales: La renovación de la idea de "Pueblo de Dios", en la teología contemporánea y en la Constitución *De Ecclesia*, viene a aclarar el sentido de nuestra adoración eucarística (cf. Alois Winkelholfer, *Eucharistie als Opferfeier*, Knecht Frank. M.) La noción de pueblo de Dios se presta en efecto a experimentar la continuidad de la Iglesia con Israel. El Pueblo de Dios es aquel que pertenece a Dios, a quien Dios conduce, y habita en medio de él. "Ego Dominus vester et vos populus meus": seguridad muchas veces repetida. El Dios de Israel no es el Dios lejano, inaccesible, sino quien tiene su "Tienda Santa", su "Arca Foederis", su Tabernáculo, y más tarde su "Templo" en el centro de su Pueblo. Así, tiene el signo de la presencia permanente de Yhavé en medio de su rebaño escogido. Ahora bien, estos signos del Antiguo Testamento no son simples promesas de asistencia (yo estaré contigo!), sin promesas de cumplimiento: en la Eucaristía es donde obtienen su triunfal cumplimiento" (Winkelhofer). La Iglesia es "ahora el Pueblo de Dios" (1 Pe. 2, 10), "Israel de Dios" (Gal. 16). Por la Eucaristía, Dios habita en medio de nosotros, más perfectamente que en medio del Pueblo del Antiguo Testamento: de una presencia real, personal, permanente. Aparece visible la riqueza de nuestro culto eucarístico, que se inscribe en el misma dinámica de la Historia Santa de Dios con su Pueblo (cf. *Le mystère du Temple*, Congar 1953)

En el otro final de la cadena del tiempo, las perspectivas son igualmente bellas.

"Unas de las mayores recuperaciones de la teología contemporánea ha sido la del sentido escatológico, que supone un sentido de la Historia y del Designio de Dios llevando a todos a una consumación" (Congar, *Concilium I*, p. 21). Hay en la Iglesia una tensión hacia el porvenir y finalmente hacia la escatología. La liturgia de la Misa y el culto de la adoración del Señor en la Eucaristía son una anticipación de la Liturgia celeste, una Liturgia que se dirige a Dios Padre y a Nuestro Señor como lo testimonia el Apocalipsis: "Al que está sentado en el trono y al Cordero la alabanza y el honor y la gloria y el poder por los siglos de los siglos" (Apoc. 5, 13). Después de la adoración de Dios Padre, la alabanza se dirige a Cristo: "Me fijé y escuché la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los Vivientes y los Ancianos: eran miles de miles, miriadas de miriadas, y decían con voz potente: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, el saber, la fuerza, la gloria

ante el Santísimo Sacramento. Esta manera de comprender la adoración parece la más sencilla y la más natural.

Tampoco hay dificultad doctrinal si, en el desarrollo de nuestro ejercicio de adoración, se hace memoria de la Virgen María y si se considera unido a Ella para adorar a su Hijo; es por otro lado lo que se cumple en el curso de la Misa: "Communicantes et memoriam venerantes, in primis gloriosae semper Virginis Mariae, Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi...". El Buen Padre ha aconsejado esta actitud en su carta a Sor Justine Charret (cf. *Exposé historique sur le Chapitre Preliminaire*, p. 142)

Por el contrario, los problemas surgen cuando se quiere que en el decurso mismo de nuestra adoración de Cristo, se dirijan explícitamente a la Virgen María, como si Ella se encontrase también allí de alguna manera, y que nuestra adoración se dirija de algún modo a Ella, como si fuera necesario que allí haya referencia explícita a Ella para la autenticidad de nuestra adoración: es claro que esta manera de obrar no es legítima ni tradicional.

y la alabanza”(Apoc.5,11-12) El Señor es adorado en los cielos como víctima gloriosa; es así como nosotros le adoramos en la Eucaristía. El Padre es adorado en los cielos. “Aquel que se sienta sobre el trono y que vive por los siglos de los siglos”: unidos a Cristo eucarístico, haciendo subir por Él nuestra oración, nosotros le adoramos. Nuestra adoración, siendo reparadora encuentra de este modo su coronamiento y su cumplimiento último. Estos temas de la teología contemporánea amplían considerablemente el panorama: el pobre que se prosterna ante el Cristo del sagrario, cumple la espera y la promesa del antiguo Israel; maravilla pensar que su oración participa de la Liturgia celeste y es una humilde introducción.

* * * *

En este espacio que quedaba en blanco, ofrecemos más expreso algo que conecta con lo que vienen reflexionando los autores sobre estos artículos primeros de la Regla '66. Se trata de puntualizar algo importante en relación con la Eucaristía, que sin duda suponen sabido. Volvemos al comienzo de las primeras comunidades cristianas de los tiempos apostólicos donde se han creído descubrir dos tipos diversos de Eucaristía apostólica: un ágape entre hermanos, símbolo de la *unión* de los cristianos entre sí y con Jesús, comunión.; una comida *sacrificial* que conmemora la muerte del Salvador. Sea lo que fuere, es claro que en sus cartas, San Pablo se refiere él mismo expresamente a la tradición recibida y transmitida por él (1 Cor. 16, 2). Expone además el doble aspecto del misterio eucarístico, misterio de *sacrificio* (1 Cor. 10, 18-21) y misterio de *comunión* 1 Cor 10, 16-17; cf. Rom. 12, 5).

Ahora bien, aunque desde el principio no hay más que una Eucaristía, podemos distinguir ya entonces en la doctrina eucarística una doble visión, a la luz de los dos grandes dogmas de la Encarnación y de la Redención. El Hijo de Dios presente en nosotros que nos une a Él y entre nosotros: es lo que nos recuerda Juan en los dos discursos de Cristo en Cafarnaum y después de la Cena. Del mismo modo, el Hijo de Dios muerto por nosotros y que nos une a su sacrificio: esto es lo que esclarece sobretudo San Pablo. A partir de ahora, en toda la historia de la Teología eucarística, se podrán observar estas dos corrientes doctrinales. No aparecerán nunca una aislada de la otra, pero inducirá a los teólogos a contemplar con más insistencia, unos nuestra unión vivificante con el “pan bajado del cielo”, otros nuestra participación en su muerte por medio de la comunión de la “sangre de la alianza”.

Todo el mundo conoce que la reforma litúrgica nos abrió el abanico de los “Cánones” en la celebración de la Eucaristía, no todos de igual importancia. Pero podemos descubrir la intención que se encierra en los hoy II y III. El Canon II, que es una repetición exacta del Canon de San Hipólito, muerto en Cerdeña en 235, desterrado con el Papa Ponciano, ya reconciliados y llenos de privaciones y tormentos por la fe en Jesucristo. Se ha querido ver en su doctrina Trinitaria una cierta sumisión del Logos al Padre, pero su cristología es esplendorosa. Sería el Cristo de San Juan, como afirma su Prefacio: ‘por él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas’, limpio y Señor, que con su muerte devuelve a Adán su inmortalidad. En este Canon II no aparece ni una sola vez

la palabra "sacrificio" o equivalente, y su muerte es "la extensión de sus brazos en la cruz [Cristo cósmico]... enteramente aceptada". En el Canon III leemos: 'sacrificio sin mancha' – 'sacrificio vivo y santo' – 'reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad' – 'Víctima de reconciliación'.

Un solo Señor, una sola fe, una eucaristía, desde distintos ángulos complementarios.

Artículo séptimo

Para realizar su salvación y vivir en espíritu de reparación, cada religioso busca imitar a Cristo y fija su mirada sobre Él, tal como lo muestran las Escrituras, a través de las diferentes etapas de su vida terrestre, preludio de su Resurrección futura.

Además la Congregación como tal hace presente la vida redentora de Cristo por medio de todas sus actividades; su obra de enseñanza, su vida de oración, su trabajo de evangelización testimonio de su penitencia.

Al comenzar a escribir el comentario del artículo 7, uno se cree obligado, una vez más todavía, a repetir que nuestra exposición no es más que una hipótesis. Uno siente, aquí más que en otros lugares, la fragilidad. Solamente estudios profundos podrán permitir dar respuesta a las cuestiones que surgen: ¿cuál es el sentido de la fórmula "las cuatro edades"? ¿Qué valor le ha atribuido el Fundador? Lo que proponemos no es más que un ensayo de conciliación de diferentes textos y aspectos expresados en nuestra tradición. Quizás no sea satisfactorio.

Hay en Cristo una doble perspectiva: sus actitudes interiores de Redentor (obediencia, confianza en el Padre, amor a la oración, misericordia con los pecadores, sentido de la penitencia...); y la manera con que ha realizado, manifestado, puesto al día sus disposiciones interiores (la enseñanza que ha dado con discursos e instrucciones, su vida de oración exterior, su trabajo de evangelización, su vida penitente que acaba en la Cruz). Parece que los Fundadores hayan querido que la Congregación siguiera a Cristo Redentor en esta doble perspectiva: interior y manifiesta. En su Circular de 1817, el Buen Padre emplea dos palabras: "imitar" y "hacer presente" [*retracer*]. Por una parte, el precepto personal de "entrar en las disposiciones interiores" de Cristo y de la Virgen María; de otra parte el Instituto como tal, reproduciría por sus obras la vida exterior del Salvador.

Imitación de Cristo y de María

Para la Escuela francesa, se trataba sobretodo de reproducir en sí mismo las disposiciones interiores de Cristo. "Los cristianos, para mantener su verdadera vocación, que es la de representar a Jesucristo en ellos, deben expresar en su

vida todos los estados muy santos, y en el mismo orden que estuvieron en Jesucristo. Y en consecuencia, como Jesucristo, nuestro sacro modelo, en primer lugar ha sufrido todas las ignominias posibles..., que ha muerto y que ha sido sepultado antes de resucitar y de entrar en su gloria... es necesario también que un cristiano lleve consigo todos estos estados de humillación antes de poder participar en su sublimidad y su grandeza"¹.

Nuestros Fundadores han recomendado continuamente esta doctrina a sus religiosos. No hacían, por otra parte, con ello más que situarnos en plena vida cristiana. La vida de Jesús es el ideal obligatorio del cristiano. La obligación de imitar a Cristo se desprende de las verdades las más fundamentales de nuestra fe y, por tanto domina toda la espiritualidad cristiana auténtica. Cristo ha sido hecho para nosotros por Dios Sabiduría, Justicia, Santidad, Redentor (1 Cor. 1, 20). Hijos de Dios, debemos vivir como Él: "Sí, buscad imitar a Dios como hijos bienamados, y seguid el camino del amor a ejemplo de Cristo que os ha amado y se ha entregado por nosotros..." (Eph. 4, 22). Vivimos como hijos de Dios imitando a Cristo (1 Jn. 2, 6), "modelo para que sigáis sus pasos" (1 Ped. 2, 6) y dejándonos conducir por su espíritu (Rom. 8, 9-16). "A los que escogió de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, de modo que fuera Él el primogénito de muchos hermanos" (Rom. 8, 29). Nosotros hemos de fijar los ojos sobre el jefe que nos lleva a la perfección (Heb. 12, 1-5), para "configurarme con su muerte" (Phil. 3, 10), a tener entre nosotros los "mismos sentimientos que fueron los de Cristo Jesús" (Phil. 2, 5), a transformarnos en su imagen (2 Cor. 3, 18); si queremos entrar en su seguimiento, hay que renunciar y tomar nuestra cruz, como Él (Mc. 8, 34; Mt. 19, 28; Jn. 15). El apóstol Pablo recomendará insistentemente: "Mostraos mis imitadores como yo mismo lo soy de Cristo" (1 Cor. 2, 1). Recordará que Cristo es un modelo que no nos es extraño, sino un viviente que nos transforma (Gal. 2, 20; Phil. 2, 5; Jn. 15). Cabeza de la Iglesia, continuamente infunde su vida en sus miembros², y como es filial, da a los cristianos el reproducir en sí mismos su semejanza con el Padre.

¿Cómo no imitar también a la Virgen María, que ha vivido en la intimidad la más estrecha con su Hijo y que se le ha asemejado como nadie? Ella es también nuestro modelo... "Es saludada como un miembro supereminente y totalmente singular de la Iglesia y como la figura y el modelo ejemplar de esta en la Fe y en la Caridad..." (Const. *De Ecclesia*, n. 53). Presenta "de una manera eminente y particular el modelo de la Virgen y de la Madre" (Ibid. n. 63). La Iglesia imita la Caridad de la Virgen (Ibid. n. 64); los fieles se esfuerzan "en crecer en la santidad por la victoria sobre el pecado, y por eso, levantan sus ojos hacia María, que brilla como un modelo de virtud ante toda la comunidad de los elegidos" (Ibid. n. 65). "La Virgen, de hecho, fue en su vida un modelo de este amor maternal del que deben estar animados todos los que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres (Ibid. n. 65). Estas breves citas de la Constitución *De Ecclesia*, serán suficientes para recordarnos en qué podemos imitar a Aquella que "brilla ante

¹ M. Olier, Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes, c. 3.

² Concilio de Trento, ses. 6, cap. 1; Const. De Ecclesia, c. 1, n. 7)

el Pueblo de Dios en marcha, como signo de esperanza cierta y de consolación" (Ibid. n. 68). Es la realización concreta el perfecto cristiano; por Ella "sabremos mejor lo que deberíamos ser exactamente"³, Ella, la "rescatada perfecta, el fruto más bello de la obra redentora de su divino Hijo"⁴

Aspiramos, pues, a ser fieles copias de los Sagrados Corazones de Cristo y de su Madre. Les estamos consagrados y nuestra consagración nos obliga a vivir este culto. Pero vivirlo no es otra cosa en realidad que vivir con ellos, modelos de la vida espiritual; es imitar sus Corazones en virtud de nuestra unión con ellos, penetrar en sus sentimientos, entrar en sus actitudes profundas, en especial ese fundamental estado de víctima para que el Pueblo de Dios sea reunido.

Rememorar la vida de Cristo y de María

A esta espiritualidad de la imitación de los Corazones de Jesús y de María, los Fundadores han añadido algo. Han querido que el Instituto como tal, sea la reproducción de la vida del Salvador, que ha consagrado la vida humana en todas sus fases. Las diferentes actividades y obras deben reproducir la vida exterior y visible de Cristo: su infancia, su vida en Nazareth, su vida de predicación y su vida crucificada. Al elemento subjetivo de una imitación personal de cada religioso, han querido que se añadiera el aspecto objetivo: la Congregación en su conjunto sería por su vida exterior una imagen de la vida exterior de Cristo. La Congregación, como tal, reproduce los esfuerzos redentores de Cristo, por su obra de enseñanza, su vida de oración, su vida de penitencia y su trabajo de evangelización.

Tomamos del P. Ansgar Deussen, ss.cc. la explicación de esta perspectiva:⁵

"Nuestro Fundadores no tuvieron ciertamente la intención de excluir este sentido de una imitación del Salvador por las disposiciones subjetivas de los miembros del Instituto. Al contrario, ello hasta la recomiendan, cuando hablan de la obligación de penetrar en el interior del Corazón de Jesús⁶.

Pero la expresión: "Reproducción de las cuatro edades de Nuestro Señor", en el empleo que los Fundadores y la santa Regla hacen de ella para designar el fin del Instituto, tiene otro sentido. Se trata de una imitación por parte de la Congregación como tal, y ello por las obras exteriores que corresponden a estas cuatro edades. Aquí no se trata por tanto directamente de la santificación personal de los religiosos, son del fin especial y objetivo del Instituto como tal. No es necesario decir que este fin no es realizable más que por los religiosos que lo componen; cada uno de los religiosos tomado individualmente no está obligado a realizarla bajo todas sus formas. Ni la

³ K. RHANER, Marie, Mère de Seigneur, p. 54

⁴ K. RHANER, *ibid.* 32.

⁵ P. ANSGAR DEUSSEN, *Mysterium Caritatis*, p. 103

⁶ Billeto de la Madre Henriette del 3 de febrero 1802. Circular del P. Coudrin del 14 abril 1817.

educación, ni el ministerio, por ejemplo, son obligación para cada miembro en particular. Hay que decir lo mismo de la perpetuidad de la Adoración; es la Congregación la que está encargada de asegurarla. Ciertamente estos fines del Instituto no dejan de estar en relación con la santificación individual de cada religioso, pero directamente no se trata aquí de determinar las obras concretas a las que la Congregación debe entregarse. Por ello, el modelo es la vida de Jesús considerada en su curso visible y concreto, y no simplemente en las disposiciones interiores que le han animado. Nuestra "imitación de las cuatro edades de Nuestro Señor" no es por tanto idéntica a lo que entendemos de ordinario por "imitación de Cristo".

De lo que se sigue que en la determinación del fin de Instituto como "Reproducción de las cuatro edades de Nuestro Señor", se trata de una característica, de una particularidad de nuestro Instituto. Es la *vida concreta de Jesús* la que la Congregación tiene ante los ojos en *sus obras* que ella trata de reproducir por *actividades concretas*⁷.

Nota 7.- Sobre la fórmula de las 4 edades. "Sin duda la fuente lejana hay que buscarla en San Bernardo, cuya tierna piedad se dirigía hacia con agrado hacia la humanidad del Verbo encarnado. El Oratorio francés del s. XVII es probablemente su fuente próxima. Berulle se proponía, en efecto, honrar "a Cristo en toda su amplitud", con sus sentimientos y sus disposiciones en "todas sus edades". Estimaba que "la humildad de su vida doméstica, el silencio de su retiro, la fatiga de su trabajo, la penitencia de su desierto, pedían la unión de nuestras intenciones y de nuestros sentimientos, lo mismo que la caridad de sus predicaciones, su celo de la casa de Dos y su paciencia en los dolores" (AMELOTE, *Vie du P. Ch. Condren* II, 87-88, BRÉMOND III, 76-77). "La comodidad habría reducido todas las edades a 4, sin que se pueda dar el nombre del autor de esta clasificación" (Extracto de trabajo del P. JEAN-YVES KERRIEN, C. VIII, nota 1).

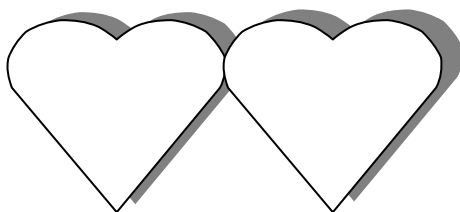
Personalmente nos parece que la fórmula "las 4 edades" no es satisfactoria por las razones siguientes: a) es un vestido mal cortado; ha sido pensada para la imitación de las "disposiciones interiores" de Cristo, y el hecho de aplicarla a una reproducción exterior de la vida de Cristo por las obras del Instituto crea una ambigüedad; b) difícilmente evita un cierto carácter de artificialidad, al atribuir una obra determinada a una "edad" determinada; por ejemplo (art. 2 del Cap. fundamental), se pide que se reproduzca la infancia de Cristo abriendo escuelas gratuitas para los niños pobres; c) esta fórmula, ligada a una espiritualidad de la Humanidad de Cristo, nada testifica del aspecto glorioso (misterio pascual); nuestra vida cristiana se fundamenta sobre el Cristo glorioso y *resucitado*, es en Él, muerto y *resucitado*, en quien estamos arraigados. La fórmula de las 4 edades, deteniéndose en la consideración de la Pasión de Cristo, aparece por tanto gravemente incompleta. Los redactores del artículo 7 del Capítulo primero han añadido, para llenar esta laguna, las palabras: "preludio de su resurrección gloriosa".

⁷ Ver el texto de la nota 7 a continuación de la misma sobre esta página.

Se puede, según parece, preguntarse legítimamente si no sería necesario, guardando siempre la idea de base querida por los Fundadores, evacuar la expresión que no es muy feliz.

Nota suplementaria:

Se habrá notado, en los comienzos de este artículo, la alusión a las Escrituras. Se ha tenido en cuenta el sentido del Vaticano II: cf. "*Dei Verbum*", n. 25 y el artículo 6 del *Decreto sobre la renovación de la vida religiosa*. El artículo 57 de nuestras Constituciones insiste también sobre la necesidad de una lectura habitual de la Escritura Santa.



Artículo octavo

La consecuencia de este amor reparador es el celo por anunciar, ante todo a los pobres, las insondables riquezas del Amor de Dios, tales como están contenidas en el Sagrado Corazón de Cristo y el Corazón inmaculado de María.

Ese celo, siempre disponible al servicio de la Iglesia, es fuente de actividades y de ministerios los más diversos

"... Llamado a ser apóstol, reservado para anunciar la buena noticia de Dios, ... acerca de su Hijo, nacido por línea carnal del linaje de David.... Jesucristo Nuestro Señor, ... por medio de él recibimos la gracia del apostolado, para que todos los hombres respondan con la fe en su nombre..." (Rom. 1, 1); este exordio de San Pablo, en su carta a los romanos, podemos tomarla en nuestra cuenta y aplicárnoslo, nosotros a quienes ha confiado también, por una parte, la misión de anunciar la insondable riqueza de Cristo y de sacar a plena luz la dispensación de su Misterio (Eph. 3, 5-10) ¿En qué consistirá nuestra predicación?

Dar a conocer y amar el Amor que no es conocido ni amado

Sin duda alguna, primeramente tenemos que hacer conocer y amar el Amor que no es conocido ni amado. La voluntad de reparar, de volver a colocar en su lugar lo que ha sido derribado, nos empuja a que los hombres tomen conciencia de que son en verdad hijos de Dios, a anunciar el Amor de Dios: el

mismo Plan de Amor de Dios Salvador, tal como se ha desplegado a través del tiempo, en la historia del pueblo elegido, primicias de la Iglesia. Esto comporta de hecho todo un conjunto de verdades fundamentales, cuyo núcleo es el siguiente.

"Dios es Amor"¹. Es de tal modo caridad que es así como se le define. Es su Nombre propio. Ignorar esto es finalmente no saber nada. El Amor resume las manifestaciones de Dios: su sabiduría y su poder no se nos manifiestan más que bajo el resplandor de su amor; su justicia no tiene otra última explicación más que este amor que debe reinar vencedor sobre los seres; su misericordia y su bondad, no son más que trasposiciones de su amor infinito.

Este Amor del que Dios vive se ha inclinado sobre nosotros. A través de la Historia del pueblo judío, se manifiesta la desconcertante ternura de Dios: "Cuando Israel era un niño, yo le amaba... Era para ellos como aquella que levanta a un pequeño todo él contra su mejilla" (Ose. 11, 1 y 4). Los profetas se sirven de palabras ardientes: "Te amé con un amor eterno" (Jer. 31, 3). "Tengo para Sión un gran amor de celos; estoy celoso por ella con un gran furor" (Zac. 8, 2). Isaías se hace el heraldo de asombrosas declaraciones: "Cuando las montañas se retiraran y las colinas se tambalearan, mi amor no se retirará jamás de ti" (Is. 54, 5). "¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré?" (Is. 49, 14).

Y Dios nos ha dado la prueba de su amor: "Ved qué gran amor nos ha tenido el Padre para que seamos llamados hijos de Dios, -porque lo somos- ..." (1 Jn. 3, 1). "...pero la prueba de que Dios nos ama, es que Cristo, cuando éramos pecadores, murió por nosotros" (Rom. 5, 8). A los Efesios San Pablo repite la maravillosa seguridad: "...éramos objeto de ira como los demás. Pero Dios rico en misericordia, por el gran amor que nos tuvo, estando nosotros muertos por los delitos, nos hizo revivir con Cristo...para que se revele a los siglos venideros la extraordinaria riqueza de su gracia y la bondad con que nos trató por medio de Cristo Jesús" (Eph. 2, 4-6) Es en esto en lo que consiste la Buena Nueva, y los Apóstoles la repetirán sin cesar: "Dios ha manifestado su amor por nosotros enviando a su Hijo al mundo....Hemos conocido el amor que Dios tiene por nosotros y hemos creído en él"(1 Jn. 4, 9 y Jn. 3, 16). La Redención le parece a Pedro como misericordia por parte de Dios, mensaje "sobre el que los ángeles se inclinan con envidia" (1 Ped. 1, 3 y 12). Creer, es sobretodo creer que Dios nos ama. Es necesario ir más lejos: Dios nos ama personalmente, tal como somos, y Él nos ama siempre el primero (1 Jn. 4, 19) "Yo te he escogido llamándote por tu nombre; tu eres mío" (Is. 43, 1). Es una gran audacia -audemus dicere- el decir: "Padre nuestro", "Creo en Dios el Padre"; pero es nuestra certeza fundamental. "Porque yo, el Señor, soy tu Dios. Tú eres precioso a mis ojos, honorable, y yo te amo" (Is. 43,2) De esta convicción manan sorprendentes corolarios: si Dios me ama, todo lo que

¹ 1 Jn. 4, 8; "*Ser caridad, Dios no es más que eso*" (San Hilario, *De Trinitate*, 9, 61) En estos precisos momentos, podemos meditar y gozar con el regalo de la primera Encíclica del Santo Padre Benedicto XVI, "*Dios es Amor*", más agradecidos aún al tratar del mismo núcleo de nuestra propia espiritualidad.

hago le interesa, y Él se inclina sobre las humildes cosas de mi vida; si Dios me ama, Él interviene en mi existencia y ya no hablo de azar sino de Providencia, y sé que "todo es gracia" (Sta. Teresa de Lisieux), que "todo cuanto acontece es adorable"², todo se muda en bien de los hijos de Dios; si Dios me ama, cada una de mis inquietudes se convierte en acto de confianza: "Descargaos sobre Él, porque Él tiene cuidado de vosotros"(1 Ped. 1, 3); si Dios me ama, me abandono a su querer, devolviéndole mi vida... no os atormentéis... "Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad" (Lc. 12, 32 y Rom. 5, 20)". "Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados" de modo que estamos casi felices de llevar "el tesoro en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros" (2 Cor. 4, 7-10)³

Hacer conocer y amar a los Sagrados Corazones de Jesús y de María

Tenemos como tarea hacer que los hombres tomen conciencia de que son amados personalmente; y por el hecho mismo, también dar a conocer el rostro concreto de la más alta manifestación del Amor de Dios: Cristo, de quien es inseparable la Virgen María. (Rom. 8 32). El Amor de Dios se ha manifestado en Cristo Jesús: "... seguid el camino del amor a ejemplo de Cristo que os ha amado y se ha entregado por vosotros" (Eph. 5, 1). El Corazón de Cristo es la suma, el resumen, la síntesis de la Redención. Viene al recuerdo el deseo de Apóstol: "Que Cristo habite en vuestros corazones por la Fe; estad enraizados en la caridad y fundados sobre ella, a fin de poder comprender con todos los santos cuál sea la Anchura, la Largura, la Altura y la Profundidad, y conocer el amor de Cristo que supera todo conocimiento" (Eph 5, 1).

La Encíclica '*Haurietis Aquas*' nos explica este amor del Redentor por el género humano. Volveremos sobre ella. Basten aquí varias citas. "De este modo podemos fácilmente concluir que el culto del Corazón sacratísimo de Jesús es en sustancia el culto del amor que Dios nos tiene en Jesús y al mismo tiempo la práctica de nuestro amor hacia Dios y a los otros hombres; o, en otros términos, este culto se propone el amor de Dios hacia nosotros como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación; tiene como fin conducirnos a la perfección y a la plenitud del amor, que nos une a Dios y a los otros hombres, siguiendo siempre más alegremente el mandamiento nuevo..." (Haurietis Aquas, n. 60). A nosotros, sin duda alguna, se dirige la recomendación de "promover activamente" (ibid. n. 61) el culto del Corazón de Cristo: "es claro para todo el mundo que no se trata de una forma común de piedad que cada uno puede arbitrariamente hacer pasar a un segundo plano o depreciar, sino una disciplina que conduce excelentemente a la perfección cristiana" (Ibid. n. 62) Este Corazón, que "ha sido herido, con el fin de que por la herida veamos la herida del Amor invisible" (San

² Rose, en *La Femme Pauvre*, de LEON BLOY y Rom. 8, 28

³ Cómo no citar esta palabra de Sta Teresa de Lisieux, que sirve de punto de partida y de llegada al libro de A. GÉLIN, *Les Pauvres de Jahvé*: "No temas: cuanto más pobre seas, más te amará Jesús"; (cf. Heb. 4, 14)

Buenaventura, Opusc. X, c. 3, n. 5) siga siendo para nosotros el gran sacramento de Dios.

Pero ¿cómo separar, en nuestra predicación, a los que la historia ha unido, enlazados por el designio del mismo Dios? De Jesús, no se separa María. No olvidaremos el lugar eminente que tiene, tal como acaba de definirlo la Constitución *De Ecclesia* (capítulo VIII). La Virgen es saludada en ella como Madre de Dios y Nuestro Señor Jesucristo “unida a Él por un lazo estrecho e indisoluble (Ibid. n. 53), primera Rescatada, “miembro supereminente y del todo singular de la Iglesia y como la figura y el modelo ejemplar de esta en la Fe y en la Caridad (Ibid. n. 53) Por tanto hemos de ser apóstoles de los Corazones de Jesús y de María. Proclamaremos la riqueza interior, la Fe, el amor de sus Corazones unidos, despertando entre los fieles un conocimiento más profundo y más amante. Caminando en la línea de nuestra consagración, siendo lógicos con los compromisos que hemos tomado, somos los infatigables promotores y “celadores”⁴ de un culto lúcido y verdadero a los Corazones de Cristo y de su Madre, culto desembarazado de todo sentimentalismo, “de toda falsa amplificación como de toda estrechez” (Ibid. n. 67)

Características de nuestro apostolado

Es, primero, un servicio de Iglesia en prioridad. Nos hace falta a ejemplo de nuestro Fundador, amar mucho a la Iglesia, y no solamente de forma abstracta. Este amor debe saber superar los intereses congreganistas para la entrega a las grandes tareas de evangelización. El P. Coudrin ha sido generoso para estar presente y comprometer todas sus fuerzas en las perspectivas y necesidades de su tiempo: apostolado de las misiones internas en Francia, seminarios, sus diferentes servicios como Vicario general, son testimonio de ello. Iba donde se tenía necesidad de él, con sabia prudencia pero con celo. Esto nos es un envite para hacer de las obras de la Iglesia nuestras obras, a tomar parte (por modesta que sea) en el actual trabajo de evangelización, presentes con eficacia en el mundo de hoy.

Es también un servicio a los pobres, como prioridad. Esta idea, expresada en nuestro capítulo fundamental desde los orígenes, jamás ha sido tan moderna. Los pobres son en primer lugar aquellos a quienes les falta el pan, que tienen difíciles condiciones de vida materiales. Miembros de la “Iglesia de los pobres”, será fidelidad en nosotros el poner todo en marcha para ayudarles, después de haber dado, en nuestras vidas y comunidades, el ejemplo de una verdadera pobreza. Pero a fin de cuentas, los pobres son aquellos a los que les falta alguna cosa esencial: los niños son pobres a los que les falta seguridad y saber arreglárselas; los enfermos son pobres, a los que les falta la salud; los corazones solitarios son pobres, a quienes les falta una presencia: nosotros somos enviados con prioridad a los pobres, los pequeños, a los humildes, a los que se sienten solos de cara a la máquina enorme de la vida,

⁴ Conocemos la importancia del título de “celador” para el Buen Padre. Cf. Memoria del 6 de diciembre 1816 en *Annales* 1963, p. 120

no sabiendo defenderse. El peso de la fraternidad humana nos inclina hacia toda miseria, material o espiritual. Esto será en definitiva caminar en la línea fijada por el Concilio: "Cristo ha sido enviado por el Padre para evangelizar a los pobres... curar los corazones rotos" (Lc. 4 18, texto de Is. 61, 1), "buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc. 19, 12), del mismo modo la Iglesia rodea a todos aquellos a quienes aflige la enfermedad humana; más aún, reconoce en los pobres y en aquellos que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente, se emplea en aliviar su desamparo y quiere servir a Cristo en ellos" (Const. *De Ecclesia*, c. I, n.8) Si los pobres ya no tienen las preferencias de nuestro corazón, si les abandonamos para cultivar relaciones que nos halagan y adulan, si no ponemos todo en marcha para ayudar –y primero materialmente- a los pobres que nos rodean, ya no estamos en la línea querida por el Fundador⁵.

Se notará por fin la variedad de nuestros ministerios y de nuestras diaconías. De hecho encontramos entre nosotros todas las tareas apostólicas: misioneros, predicadores, párrocos, profesores de seminarios y de colegios capellanes de toda suerte de obras y de movimientos... Un índice de nuestras actividades congreganistas, mostraría con toda evidencia la multiplicidad y la variedad increíble de nuestros compromisos. No estamos ligados a ninguna forma particular de actividad. A quienes nos preguntan cuáles son nuestras obras "especiales", no se les puede responder más que presentándole el abanico completo de las cargas pastorales. Esta dispersión no es, por otro lado, infidelidad, sino la consecuencia misma de nuestro ideal: el Instituto queriendo reproducir *por su obras* las diversas etapas (âges) de la vida del Salvador no se extrañará de que sean numerosas y variadas: enseñanza, predicación, misiones... Por otro lado, la voluntad –basada en el ejemplo del Fundador- de estar en el corazón de la Iglesia, de comprometer nuestras fuerzas para responder a las necesidades de los hombres entre los que se vive, de estar atentos y abiertos a los problemas del mundo que nos rodea, crea sin cesar compromisos nuevos. Puede decirse, sin embargo que, desde los orígenes, la Congregación se ha desarrollado siguiendo ciertas líneas apostólicas constantes: misionera, enseñante, de pastoral interior. Estos ejes permanecen: las Misiones son una parte muy querida de nuestro trabajo, absorbiendo un máximum de personal; la función de la enseñanza es en ciertos países muy eficaz, continuando la tradición de los primeros tiempos del Instituto; la predicación está sobretodo al servicio de la sola obra que se puede reivindicar como "especialmente" nuestra: la Entronización.

⁵ "Cierto, los pobres no desaparecerán de este país; por eso te prescribo: Debes abrir tu mano a tu hermano, a aquel que está necesitado e indigente en tu país" (Deut. 15, 11; Eccles. 3, 30 sgts.)

Artículo Noveno

San José, Patrono de la Iglesia universal, es el Patrono principal de nuestro Instituto, porque él fue el primero en vivir en la intimidad de Jesús y de María. Honramos a San Benito como inspirador de nuestra vida religiosa; veneramos como protectores a San Agustín, San Pacomio, y San Bernardo, Santa Margarita María y Santa Teresa del Niño Jesús.

El artículo 9 apenas tiene necesidad de comentario. Indica cuáles son nuestros protectores y nuestros patronos; menciona los que son para nosotros modelos y garantes, apoyos con el fin de vivir mejor nuestra vocación¹. Se pueden encontrar las razones de conveniencia para estos patronazgos:

- *San José*: a causa de su intimidad con Jesús y María.
- *San Benito*: cuya regla ha inspirado la nuestra. El Buen Padre nos ha recomendada la lectura de la Regla de San Benito.
- *Los Fundadores de Órdenes religiosas*: para que protejan nuestra fidelidad al Instituto, y a su espíritu.
- *Santa Margarita María*: porque fue consagrada al Sagrado Corazón y reparadora.
- *Sta. Teresa del Niño Jesús*: que quería que el amor filial se expresara en nuestra vida ordinaria por la fidelidad al deber de estado, y fue tan ardiente misionera.

* * *

CONCLUSIÓN

El interés del Capítulo primero de nuestras Constituciones consiste en esto: intenta decir lo que somos y lo que deberíamos hacer. Se esfuerza por situarnos en la vida de la Iglesia de hoy y de extraer nuestras opciones fundamentales. La Comisión que ha trabajado estos nueve artículos, no pretende haberlo dicho todo, de manera perfecta y definitiva. Propone el modesto fruto de su trabajo a la atención de los hermanos, feliz por las observaciones y sugerencias que le permitirán precisar las perspectivas de nuestra magnífica vocación. Porque, -y se da a esta palabra su pleno valor-, nuestra espiritualidad nos parece francamente maravillosa.

¹ Sería bueno volver de nuevo a la "*Exposé historique sur le Chapitre Preliminaire*" p. 106. El Padre Antoine Hulsemans, ss.cc. (1899-1993) puntualiza allí la cuestión. Cita la Circular del 14 abril 1817, por la que el Padre Coudrin anunciaba a la Congregación la noticia de la aprobación oficial por la Santa Sede. Se puede encontrar este documento y "billetes" de la Buena Madre, a propósito de nuestros Patronos, en *Annales* 1960, n. 23, p. 175 y en *Annales* 1962, n. 31, p. 233-234, n. 101, 102, 103.

Primero, porque nos coloca en el corazón mismo de Mensaje cristiano, en la fuente de nuestra religión. No se nos pide salir del dominio de la vida de Fe, sino de comprenderla por entero y de vivirla en plenitud. De ningún modo se trata de una nota doctrinal, de un aspecto periférico o marginal. Nos hemos instalado en pleno centro, con perspectivas que llenan el espíritu y el corazón. Nos hace descubrir el verdadero Rostro de Dio, tal como la Biblia nos lo manifiesta. Hablar de ello, es acusar lo que hay de más fundamental: el Designio de Salvación desplegado en la Historia, el Cristo hecho carne de la Virgen María, la Eucaristía, nuestra responsabilidad de hombres en el Pueblo de Dios pecadores y perdonados, la Misión de la Iglesia y el Anuncio del Evangelio.

Por esta razón, nuestra espiritualidad bien comprendida no envejece. Para ello sería necesario que envejeciese el mismo Mensaje de Amor que nos entrega la Escritura, y que constituye precisamente la Buena Nueva, anunciada a todo hombre de todos los tiempos! Será siempre actual porque contiene el núcleo de verdades primeras. Toda profundización sobre cualquier punto que sea esencial en la Iglesia, será una profundización natural de nuestra vocación: de modo que estamos en armonía profunda con los ejes conciliares, descubriendo en ellos una confirmación de lo mejor de nosotros mismos. No asombrará entonces que sea compleja: una plenitud jamás es fácil de definir. ¿Como decir en pocas palabras sencillas los aspectos diversos de un Mensaje multiforme? Se encuentran en ella demasiados elementos, interfieren demasiadas acciones para que sea siempre fácil de definir con toda claridad. Sin contar que nuestra situación en lo provisional, el descubrimiento progresivo de la Verdad, complican aún las cosas. ¿Cómo describir con exactitud una realidad misteriosa y viviente? La riqueza misma de nuestra espiritualidad es la que crea la complejidad, pero también la grandeza. Porque es central, es eficaz y sosegante: nada equilibra ni satisface como la posesión de verdades profundas. Responde así a los deseos del hombre, a su necesidad de esencial y absoluto. Quien vive de ella encuentra allí la fuerza y la paz: "Mi luz y mi salvación es el Señor" (Ps. 26). Cada uno puede constatar cómo bien comprendida, es liberadora, rompiendo la cadena de inquietudes. Simplifica el corazón, llevándolo al Único Necesario. Da el ardor de las gentes que aman y es contagiosa por la Verdad que hace libres. Hace que se encuentren en fraternidad todas las almas pobres de Iglesia, en el Magnificat gozoso de los hijos de Dios.

En fin, es fidelidad a los hechos providenciales y a la dimensión histórica de la Salvación. Porque nuestra espiritualidad nos sitúa en pleno centro del Cristianismo, como él no se comprende sin una visión de la realización del Plan de Dios. En un tiempo en que se habla tan a menudo de "existencia", es oportuno notar la dimensión "existencial" de nuestra espiritualidad. No nos movemos en el abstracto de una situación ideal o desencarnada. El Dios que predicamos no es el Dios de los filósofos, sino el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que interviene en la Historia, conduce los acontecimientos y nuestras vidas. En fin de cuentas, nuestra espiritualidad se funda sobre la Encarnación, y esta no se puede considerar entre lo ideal y lo abstracto de las ideas puras: es un fenómeno preciso, con fecha, inserta en la trama de las

acciones humanas, con sus preparaciones y sus efectos, desenlace de andares y de búsquedas, punto de partida de conmociones que la Historia ha registrado. Un niño ha nacido en Belén de una virgen que se llamaba María; hombre Dios, murió y resucitó por su pueblo. Nuestra vocación no se comprende sin la dimensión "existencial" de la Encarnación: porque Cristo y la Virgen María están unidos en la realización histórica de Plan de Dios, es por lo que los unimos en la consagración y la alabanza, (sin ignorar si embargo la infinita distancia que los separa); porque concretamente, por su vida y su muerte, han manifestado con mayor altura el Amor Salvador de Dios, es por lo que les honramos bajo el símbolo de sus Corazones; y si nosotros acabamos lo que falta a la pasión de Cristo, no es por un mundo imaginario sino por aquel en que nos encontramos inmersos (2)

Rico tesoro, en verdad, el de nuestra espiritualidad; como buenos propietarios, hemos de sacar "lo nuevo y lo viejo" (Mt. 1, 31), utilizarlo como hábiles administradores, haciéndolo fructificar para la edificación común. "...Que procedáis como el Señor merece agradándole en todo; dando fruto de buenas obras y creciendo en el conocimiento de Dios; que os fortalezcáis del todo según la fuerza de su gloria, de modo que soportéis todo con magnanimidad; que con alegría deis gracias al Padre que os capacitó para compartir la suerte de los consagrados en el reino de la luz" (Col. 1, 10-12).

* * * * *

(2) Nota.- Al final del penúltimo párrafo [... 'inmersos (2)'], en el texto original es una "nota al pie". Como su texto es extenso lo hemos trasladado aquí, un poco más abajo, para darlo con letra algo más legible que el tamaño ordinario de las 'notas al pie'. Dice así:

Se nos excusará el citar esta larga página de un filósofo contemporáneo, JEAN GUITTON (laico llamado al Concilio Vaticano II). Queríamos mostrar con ello que lo que funda nuestra espiritualidad es también el objeto de la investigación de pensadores contemporáneos. El texto está tomado de *Jésus* (edit. Grasset, 1956, 5ª part. ch. XV, p. 421).

"Y siempre he señalado dos tipos de espíritu: los que no podían admitir una historia privilegiada, un momento de encarnación, un sobrenatural particular, que no soportaban la inserción de lo divino más que con la condición de que lo divino sea, en todas partes y siempre, diseminado, diluido, dinámico. Y, por otro lado, la zaza de aquellos que, tocados por la virtud propia del cristianismo, y sin cesar de admitir la irradiación de lo divino en la historia, fijasen el punto de origen de estos rayos en la Encarnación histórica. Leibnitz se acomodaría de buen grado a un progreso, Pascal piensa en un Cristo singular, el Cristo de la historia que deja caer tal gota para él. Sí, ahí esta bien claro el punto dramático de la separación entre los espíritus.

El creyente profesa, después de haber examinado los hechos, que el Infinito se ha insertado en la historia de esta pálida especie, que ha comenzado por el más pequeño comienzo imaginable (hasta una muerte que él ha querido, por contra, no lenta, sino súbita), que ha conocido todos los grados del tiempo,

sin ruptura, que ha tomado la forma del tiempo en él por entero, que no ha permitido que hubiera en él un intervalo que no haya franqueado. Se ha acomodado a esta lenta historia a partir de una larga historia anterior, que, como toda historia, ha llegado a resumirse en el seno de la mujer, ese lugar donde toda historia humana comienza y recomienza: allí es donde él ha querido su primera morada. Es allí donde ha querido *nacer*, como lo dice nuestro lenguaje. *Nacer*: es reducirse y es volver a irse de allí. Es ser yo, individualmente, y separarse del phylum para intentar agotar un destino individual.

Este Cristo universal y contemporáneo a la humanidad, este Cristo místico y creciente en ella [humanidad], estaría sin verdad ni raíz, si no hubiera *existido* en el sentido más ordinario del término, desde el seno de la mujer hasta ese seno de la tierra donde toda forma humana reposa.

* * * * *

Reflexiones para la práctica

Algunas constataciones

¿Quién pues, un día u otro, no se ha sentido embarazado cuando alguien, por agrado o por legítima curiosidad, le ha hecho estas sencillas preguntas: ¿A qué Congregación perteneces? ¿Cuál es vuestra espiritualidad? Nos parecía que desaparecía el suelo bajo nosotros. Como no obstante había que responder, se respondía afirmando ser miembro de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María; después terminaba uno por afirmarse y se despachaba con una larga explicación sobre el fin, los medios de nuestro Instituto, en que sobresalían palabras como "adoración", "reparación", "cuatro edades".....

Nuestra respuesta ha provocado la exclamación franca de un amigo: "¿Qué es toda esa historia? Explícame un poco todo eso". – O bien, ha esbozado una sonrisa, cortada rápidamente por educación; pero se ha podido sentir que el interlocutor ya nos clasificaba": pequeño Instituto, devoción de capilla siglo XVIII. Estas reacciones son penosas, sobretodo cuando se comprende mejor la profundidad real de nuestra espiritualidad. Se siente uno atacado en lo más querido, incomprendido, caricaturizado.

Por otro lado, a veces uno mismo ha presentado el flanco a las críticas y a las incomprendiciones. No sabiendo cómo salir del paso, se han buscado excusas. (Ya sabes, nuestra Congregación nació como consecuencia de la revolución francesa; ha quedado muy marcada por su tiempo..."); o bien se ha dado una explicación clara pero parcial ("Somos un Instituto misionero"; el otro ya conoce una veintena de ellos semejantes); o bien, se ha ensayado salir del paso con una broma ("No busques mucho que entender"); o bien se ha lanzado con coraje en plena mar de la teología, pero para ahogarse allí en

explicaciones confusas sobre el fin general y especial, los elementos que constituyen el culto al Sagrado Corazón....

El interlocutor es suficientemente bueno para decir que ya comprende, que ve mejor ahora el sentido de nuestro querido Instituto, pero uno se separa con un malestar en el corazón, dividido entre la realidad magnífica que tenemos conciencia de vivir, y nuestra incapacidad de traducirla en un lenguaje para el otro.

Pero en primer lugar, ¿por qué este desfase?

¿Por qué esta incompreensión? ¿Cuáles son las causas? Hay actualmente una sensibilidad menos viva por las formas de expresiones que eran corrientes en el siglo anterior, por un cierto vocabulario, un cierto simbolismo. Quizás los excesos en la demostración de la devoción, ha traído consigo un desafecto ante algunas maneras de concebir el Mensaje. Pero la razón, en lo que nos concierne, es más profunda: nuestra espiritualidad es muy compleja y, como tal, supone el conocimiento de numerosos elementos. A un ignorante de toda la religión, no se la habla primero de la Eucaristía! Hay un orden de descubrimientos de verdades, una "disciplina arcani", una jerarquía de los elementos. Ahora bien, nuestra espiritualidad supone, para ser plenamente captada, desarrollos, explicaciones, premisas imposibles de dar en el mismo momento: se necesita mostrar en qué el Corazón de Cristo es suma y símbolo del Amor, por qué la Virgen María le está tan unida, y por qué hablar de corazones; cómo continuamos nosotros la Redención... Explicar con verdad todas estas realidades parece difícil, sobretodo que el interlocutor está la mayor parte del tiempo desconcertado por nuestro vocabulario: ¿qué le dicen las palabras 'adoración', 'reparación', 'cuatro edades'? – Nuestra espiritualidad que se sitúa en la punta viva del Credo, exige preliminares. Es una síntesis difícil de equilibrar. Cualquier cosa profunda supone una iniciación. ¿Qué hacer en la práctica?

El respeto de hombres concretos y de verdades ¿difícil?

En la exposición de verdades que hacen vivir, hace falta *siempre tener empeño de mostrar los enraizamientos*, de situar en el conjunto. Es necesario hacer comprender resueltamente sobre qué se basan nuestras opciones; o más bien hacer comprender que estas no son más que el desarrollo completo del Credo. Aislar elementos, es ya falsear la verdad. Aislar prácticamente a María del Cuerpo de la Iglesia, cuando hablamos de su unión a Cristo, es torcer las perspectivas. Hablar de reparación hacia los Sagrados Corazones de Jesús y de María, sin indicar lo extenso de la Reparación como tal y la manera con que debe ser comprendida en cada caso, es fijar la mirada sobre un punto particular, desembocar en particularismos y falsear el conjunto.

Y además, evitar insistir sobre un solo aspecto de las cosas, suponiendo conocido el resto. Hablar, sin más, de consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María es una torpeza. No decir que lo que une a los Corazones de Cristo y de la Virgen, sin hacer alusión a la infinita distancia que los separa, es imprudente. Si comprendemos nosotros lo que queremos decir, los otros

no lo comprenden por el hecho mismo, obligatoriamente; si sabemos lo que sabemos, los otros pueden ignorarlo. ¿Algo es evidente para vosotros? Repetirlo, al menos, quizás no lo es tanto para el otro.

Es sobretodo en el ámbito práctico, donde es necesario obrar con reserva y prudencia. La discreción es la postura en lo que se ha de decir, la manera de decir las, las actitudes a tomar, sobretodo ante personas poco al corriente o ignorantes de las realidades religiosas; tienen la tendencia a juzgar de todo ello como de misteriosas sutilidades. Permítaseme plantear algunas cuestiones: ¿Es siempre necesario insistir sobre el símbolo de los corazones? - ¿No se puede tratar de evitar todo aquello que, en las representaciones, expresara una cierta igualdad de Jesús y de María? ¿o les representara de un manera demasiado anatómica (por ejemplo un Cristo teniendo su Corazón en la mano? – Desde luego, la conducta a seguir depende de cada país, de cada región, de las tradiciones locales, pero la regla vale para todos: es necesario evitar que se desconsidere a toda la religión por una suerte de mal comprendida fidelidad a los detalles; se necesita rechazar las ingenuidades, aún piadosas; *cuando un símbolo o una actitud no sirven ya como testimonio, sino que corren el peligro de llegar a convertirse en contratestimonio, nuestro deber es repensarlos.* Obrar así no es cobardía vergonzosa, sino simplemente respetar a los hombres concretos y las verdades difíciles.

Mal presentadas, mal explicadas o inoportunamente, las realidades más profundas corren el peligro de ser desconsideradas; así puede suceder con nuestra espiritualidad y con nuestra vida congreganista. Depende de nosotros evitar la estrechez que sería un apego puntilloso a detalles sin importancia, lo mismo que otra estrechez sería miedo a afirmar nuestras opciones fundamentales o complejo de inferioridad. Nos queda el proponer la afirmación tranquila de lo que somos, de lo que queremos ser plenamente, el vivir un cristianismo joven y bien centrado, respirando solidez, anchura de espíritu, fervor y alegría (Cf. 2 Tim, 2, 3-5; Sap. 15, 1-3; Eph. 1, 18-20)

FINAL